

CAPITULO XXI.

Temores.

Eran poco mas de las nueve de la noche cuando Enrique volvió á salir de su casa y penetraba en la de su hermana Luisa.

La esposa de Fernando se encontraba enfrente de un magnífico tocador, cuyo dorado espejo, bañado por las chispeantes luces de dos caprichosos y elegantes candelabros de bruñida plata, dibujaba en el fondo de su diáfano cristal, las mórbidas formas de un sér vaporoso, aéreo, esbelto y flexible, que se destacaba misterioso, como en el fondo de un sereno lago el gracioso contorno de una ligera ondina velada por los miríficos fulgores de la plateada luna. En sus nacarados labios, frescos como la rosa al

abrir sus tiernos pétalos al benéfico halago del rocío, vagaba una de esas sonrisas indescribibles, suave como la embalsamada brisa que mece leda las delicadas hojas del naciente lirio, y celestial como la del ángel que vela el tranquilo sueño de la infancia. Una graciosa guirnalda de flores blancas, con primoroso artificio trabajadas, se destacaba de su luciente y negra cabellera, peinada con una gracia inimitable, que daba mayor realce á la hechura privilegiada de su linda cabeza. En sus pequeñas manos, mas blancas y suaves que los escarmenados copos de algodón de América, se abría y cerraba con indecible rapidez, un rico abanico de varillas de marfil encrustradas en oro, de cuyo remate colgaban dos elegantes borlas azules, unidas á dos finísimos cordones de oro que pasaban por un exquisito anillo de diamantes. Su pequeño pié de elevado empeine, émulo de los que describen los poetas, estaba calzado por un zapato de raso blanco de exquisita forma. Un hilo de finísimas perlas, cerrado por una pequeña cruz de brillantes, circundaba su torneada

garganta; y un delicado vestido de gasa blanca, airoso, poético y elegante, realizaba las gallardas formas de su gracioso cuerpo, esbelto y flexible como las tiernas palmeras de la India.

Enrique se acercó á su hermana mudo de asombro, y la encontró como nunca hermosa, como nunca interesante.

Y efectivamente, al verla en aquella deliciosa estancia entre ricas coladuras y finísimas cortinas de crespon blanco, aspirando el regalado aroma de embalsamadas flores que en vasos de luciente cristal descansaban sobre ebúrneas y pequeñas mesas embutidas en los cuatro ángulos; al contemplar su rostro angélico bañado por la suave luz que reflejaba el espejo, prestando á sus mejillas un tinte divino; y al examinarla, en fin, de pié junto á la fulgente flama de los bellos candelabros, ceñida su negra cabellera con la cándida guirnalda de brillantes flores, cualquiera la hubiera tomado por una de las seis vírgenes vestales consagradas á mantener inestinguible el fuego en el templo de Vesta.

Enrique no encontró otra mujer que pudiese competir en gracia y hermosura con su seductora hermana, sino la angélica María, aquel sér cándido y tierno que embellecía su existencia, y á quien proclamaba dentro de su corazón, por la diosa de esa dulce mitad del género humano, el mas perfecto en su juicio, de cuanto cobija el límpido pabellon del cielo.

Y no se equivocaba.

La mujer es sin duda la obra maravillosa de la creación; ella resume en sí sola, toda la pureza, toda la hermosura, todos los atractivos, toda la ternura de los demas seres que pueblan el haz de la tierra.

Como hija, es el ángel que acompaña en el hogar doméstico á los seres que le dieron la existencia, ayudándoles en su trabajo, anticipándose á sus mas leves deseos, estudiando la manera de agradarles, de servirles, y procurando pagar con un tesoro de ternura inagotable, los tiernos cuidados que en la infancia le prodigaron: el querubín que, á la cabecera del triste lecho en que gime su padre anciano y achacoso, per-

manece velando su existencia con esa asiduidad, con esa dulzura, con ese amor, que solamente atesora el alma de la mujer, y que embalsama y adormece con su pureza las dolencias del espíritu y de la materia: la fiel amiga de sus tiernos hermanos, puesta siempre entre las debilidades de éstos y la justicia de los padres, intercediendo por los primeros, y desarmando el brazo de los segundos levantado para aplicar el castigo, como se interpone el arco-iris entre el cielo y la tierra para contener la justa ira del Señor.

Como esposa, la dulce compañera que se identifica con el hombre; que vive para él como la sangre para el cuerpo; que alienta por él como las plantas por el sol; que le sigue en sus penas, en sus placeres, en sus desgracias y en sus venturas, como sigue amante el girasol las evoluciones del astro principal en el círculo que describe desde que nace hasta que muere: la yedra cariñosa que se enlaza al olmo, y no le abandona jamás: la dulce amiga sin más aspiraciones que el amor de su esposo que es

su vida, su encanto, el *hasta aquí* de la felicidad de la mujer, el único objeto de atracción: en cuyo círculo giran todos sus deseos, todos sus afanes, todas sus potencias, entera su alma: la amante gacela que se desprende de sus ideas para adoptar las del hombre por quien deja sin violencia su apellido, que piensa con él, que siente con él, que obra por él, y á cuya viva influencia subordina hasta las mas ligeras acciones de su vida.

Como madre, ¿quién no ha gozado sus dulces caricias? ¿quién no se ha alimentado de su propia sangre? ¿quién no la ha visto junto á la ligera cuna del hijo de sus entrañas, velando su tranquilo sueño como el ángel benéfico de su guarda, llorando de placer con su sonrisa, riendo de placer con su mirada? ¡Madre! mágica palabra que no pueden pronunciar los labios sin que se enternezca el corazón: frase que entraña un poema de ternura, de amor, de caricias, de besos maternos; voz celestial y divina que forma ella sola la apología de las virtudes de la mujer, que la enaltece, que la sublima,

que la rodea de una auréola purísima y sin mancha, que no puede profanar el hombre sin cubrirse de infamia y de baldon; sin que caiga sobre él la fea nota de ingrato y desnaturalizado.

Quien denigra el nombre de la mujer, ataca la honra de sus hermanas, las altas virtudes de su madre, la fama de sus hijas, si es casado.

La fidelidad representaban los antiguos, por dos mujeres que sencillamente se están dando la mano. ¿Qué apología mas sublime se puede hacer de esa dulce compañera que Dios le dió al hombre en el desierto arenal de la vida? Si los modernos se detuvieran á examinar concienzudamente el tierno corazón de la mujer, no podrian menos que reconocer las sublimes virtudes que atesora, y que alzar en su alabanza, himnos dulcísimos de admiración y de amor.

Quien dice mujer, dice bondad, cariño, pudor, hermosura, abnegación, ternura, sensibilidad, virtud en fin.

¿Quién mas celosa de su buen nombre que la mujer? ¿quién, como ella, respeta los

deberes que impone la sociedad? Podrá muy bien el hombre olvidarse de quién es y de la alta posición que ocupa, y dirigir palabras cariñosas aun á las mas humildes criadas; pero la mujer, respetándose á sí misma, jamas descenderá hasta el fango: jamas se olvidará de mantener limpia su fama, ni del respeto que á la sociedad debe, ni ajará su dignidad entregando su alma á un sér cuya educación esté en pronunciado contraste con la suya.

¿Quién con mas eficacia y cariño que ella, vierte con la palabra y con el ejemplo en el corazón de sus hijos, la dulce semilla de la religion, base primera de todo bien social?

¡La mujer!... su corazón es un tesoro inagotable de religion, de amor, de afectos nobles, de caridad, de filantropía y de devoción.

Ella ha sabido elevarse, no por medio de la fuerza bruta, de la intriga, del terror y de la sangre, sino con su dulzura, con su obediencia, con su sensibilidad, con su ternura y sus virtudes, del estado de esclavitud en que gimió en los negros siglos del paga-

nismo, al lugar predilecto que hoy ocupa en los países civilizados. Nadie, pues, con mas justicia que la mujer, puede decir sin faltar á la verdad: que, *la fuerza no es nada ante la razon*, y que las conquistas de la virtud, aunque menos rápidas y deslumbrantes que las de las armas, son las mas sólidas, las únicas justas, y las mas duraderas.

Grandes virtudes debe sin duda atesorar el alma de la mujer, cuando Dios la destinó desde la eternidad, para nacer de ella y redimir el mundo.

Se me dirá que no hubiera sido necesaria la redencion, si antes, y por causa suya, no se hubiese perdido el Paraíso. ¿Pero no se hubiera anticipado esta desgracia, si en vez de dirigirse la serpiente á Eva, se hubiera dirigido á Adán? Sin duda que sí, Lucifer debió conocer, en su indisputable sabiduría en todo lo que tiende al mal, que la mujer era muy superior, en fuerza moral, al hombre; y persuadido de que, todo el talento de Adán, no seria suficiente para vencer la virtud de Eva, se dirigió á ésta, provisto de elocuencia y de argumentacion, convencido

de que, una vez triunfando de su mas fuerte contrario, era segura la conquista del hombre, á quien consideraba frágil y débil para resistir ni á la mas ligera insinuacion de su linda compañera.

Esta es mi creencia; si el lector piensa de otra manera, le suplico que perdone mi digresion, y que me siga en la narracion de mi historia.

Enrique se adelantó hácia su hermana alargándole la mano que ella estrechó tiernamente en la suya.

—Te encuentro como nunca hermosa, hermana mia.

Dijo admirando su tocado y el gusto de su vestido.

—Pues la cara es la misma, aunque el traje diferente.

Contestó Luisa, sonriendo con una gracia llena de encanto, y fijando una mirada expresiva, dulce y cariñosa, en que leyó Enrique toda la pureza de una alma sin mancha.

—Mucho bueno me anuncia tu alegría.
—Alguna vez á de aparecer la luna sin

nubes que empañen su disco. Pero hablemos de otra cosa.

—¿De qué?

—De baile por ejemplo: de las *posadas* que empiezan hoy.

—Precisamente venia á pedirte un billete que necesito.

—No tienes necesidad de él; irás con nosotros.

—¿Pues qué, te lleva Fernando á las *posadas* del diputado B!...

—Dentro de un instante vendrá por mí.

—Me alegro infinito.

—Y dime, ¿has descubierto la causa que motivaba sus salidas?

—No... nada he podido descubrir.

Dijo titubeando Enrique.

—Me alegro, y te voy á pedir un favor.

—¿Cuál?

—Prométeme antes que me lo concederás.

—¿Tan grande es, que temes que te lo niegue?

Contestó Enrique no comprendiendo cuál

podria ser la gracia que se le iba á pedir de tantos preámbulos precedida.

—Nada de eso.

—Pues habla sin temor, que ya sabes que nunca te he negado nada, y que soy incapaz de desairarte. ¿Qué es ello?

—Que no trates de averiguar el origen de sus salidas.

—¿Por qué? ¿ha llegado á saber algo?

Dijo Enrique sobresaltado.

—No; pero quiero respetar su deseo.

—Prometo complacerte.

Contestó mas tranquilo.

—Gracias.

—¿Pero me das el billete que te he pedido?

—¿No quieres ir en nuestra compañía?

—Tengo que ver antes á un amigo.

Y como si esta palabra le despertase de un sueño, se levantó de la silla y salió corriendo de la pieza.

—¿A dónde vas?

Le preguntó Luisa al verle salir.

—No tarda en volver: voy á la pieza inmediata.

Y Enrique entró en efecto á la estancia contigua; abrió á toda prisa una ventana; dirigió la vista hácia un punto de los arcos del acueducto, y luego volvió adonde le esperaba Luisa.

—¿Qué te ha ocurrido?

Le preguntó ésta al verle entrar.

—Nada, fuí á ver si estaba en la calle.

—¿Quién?

—Miguel; pero no ha venido.

Al escuchar aquel nombre, la sangre coloró con un tinte vivísimo las mejillas de la jóven. Enrique sin advertirlo continuó:

—Iré á su casa, porque me interesa saber una noticia.

—Aquí tienes el billete para el baile.

Dijo Luisa entregándole uno que tenía sobre el tocador.

—Hasta luego, hermana mia.

—Hasta luego, Enrique.

El hermano de Luisa, impaciente por saber el resultado de la entrevista que supo efectuada en el hombre á quien deseaban salvar y Miguel, se dirigió á la casa de este antes de ir al baile.

—¿Ha llegado Miguel?

Preguntó al portero que entreabrió la puerta del zaguan para ver quien había llamado.

—¿Cómo!...—dijo éste con marcadas señales de sorpresa.—¿No ha pasado el día con vd?

—No le he visto para nada.

Contestó Enrique con no menos extrañeza.

—¿Dios mio!

—¿Pues qué no ha vuelto desde esta mañana?

—No señor, y nunca falta sino cuando come en casa de vd.

Enrique no supo qué pensar de aquella ausencia.

—¿Se habrá quedado á pasar el día—pensó interiormente—con el hombre amenazado por Rossi?

Y encontrando verosímil esto, se tranquilizó, aunque no tanto que recobrase enteramente la calma.

—¿Y no tiene vd. sospechas de dónde pueda estar?

Preguntó el portero viéndole reflexionar.

—Precisamente estaba haciendo memoria: y creo que estará donde me figuro.

—¿De veras?

—Casi estoy seguro de ello.

—¿En casa de algún amigo?

—De una persona á quien iba á prestar un favor muy grande.

—¿Y va vd. por él?

—Sabe que voy á un baile, y espero que vendrá á buscarme á él. Adios; buenas noches.

—Adios, D. Enrique.

Y el gallardo jóven se alejó de la casa de su amigo, bastante inquieto y sobresaltado, no obstante el consolador pensamiento de creer que le hubiese detenido á comer la persona á quien habia jurado salvar.

Dejémosle pues meditando, y sigamos los acontecimientos que nos estan esperando.

CAPITULO XXII.

Las posadas.

Poco despues del anterior diálogo entre Enrique y el portero de Miguel, se detenia un coche particular enfrente de una espaciosa casa, situada en la risueña calle de Plateros.

El auriga saltó del pescante, abrió la portezuela del carruaje, y en seguida bajaron de él una señora y un caballero elegantemente vestidos, que llamaron á la puerta.

Eran Luisa y Fernando.

El portero los reconoció; desprendió la cadena que sujetaba la puerta, y entraron á un espacioso patio cuadrilátero, que presentaba en aquel momento una vista pinto-